



RUBÉN DARÍO

# **EL REY BURGUÉS**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

RUBÉN DARÍO

## EL REY BURGUÉS

¡Amigo!, el cielo está opaco, el aire frío, el día triste.  
Un cuento alegre..., así como para distraer las brumosas y  
grises melancolías, helo aquí:

\*\*\*

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que  
tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras,  
caballos de largas crines, armas flamantisimas, galgos rápidos y  
monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias.  
¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

\*\*\*

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran  
largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores,  
escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento,

hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

\*\*\*

El rey tenía un palacio soberbio, donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravilloso. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arroyo, del trino; y cerca de ella iba ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor

acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo  
lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.  
¡Japonerías; ¡Chinerías!, por lujo nada más.

Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y  
de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y  
las colas enroscadas en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto  
con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de  
una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes;  
peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si  
fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones  
devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla,  
como tejidas con hilos de araña, sembrada de garzas rojas y de verdes matas  
de arroz, y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay  
guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que  
llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles; diosas, musas,  
ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes con cuadros del gran  
Watteu y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¡cuántos salones!

Y Mecenás se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad,  
el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey naípe.

\*\*\*

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

---¿Qué es eso?--preguntó

---Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones sinzonte en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

---Dejadle aquí.

Y el poeta:

---Señor no he comido.

Y el rey:

---Habla, y comerás.

\*\*\*

Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir.

He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la  
aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la  
boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la  
inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes,  
la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de  
polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles,  
contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que  
embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía perder  
histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido:  
mi harapo es de púrpura. He ido a la selva donde he quedado  
vigoroso y ahíto de leche fecundo y licor de nueva vida; y en la  
ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra  
tempestad, como un ángelsoberbio. o como un semidiós olímpico,  
he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

"He acariciado a la gran Naturaleza y he buscado el calor del ideal, el  
verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está  
en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante!  
Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías  
todo luz, toda agitación y potencia, y es preciso recibir su  
espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero,  
de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios  
de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor  
Ohnet! ¡Señor!, el arte no viste pantalones, ni habla en  
burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él  
es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la  
greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como  
águilas o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y  
un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro  
de marfil.

¡Oh, la poesía!

"¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las  
mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor,  
el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor  
de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor,  
¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

-Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

---Si lo permitís, señor, puede ganarse la vida con una caja

de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

---Sí--dijo el rey; y dirigiéndose al poeta---: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopos, como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio; tiririrín, tiririrín..., ¡avergonzado a las miradas del gran sol; ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín, tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas..., lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra.

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de

águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio:

¡Tiririrín;

Y cuando cayó la nieve, se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dátiles, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña, con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta!

Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol en el día venidero, y con él el ideal..., y en que el arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al

pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa  
amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

\*\*\*

¡Oh, mi amigo!, el cielo está opaco, el aire frío,  
el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de  
maños a tiempo! Hasta la vista.

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el  
siguiente [enlace](#).

